

De priesa que no despacio,  
Y diérasela á la Reina,  
A ella en su propia mano.  
Desque la hubo leído  
Gran pensamiento la ha dado:  
Dijérale al pajecico:  
—Decid al que os ha enviado  
Que dentro de cuatro dias  
Daré respuesta ó recaudo.—  
Fuese por hablar al Rey,  
A ese grande rey Priamo,  
Y dijole la embajada  
Que Aquiles habia enviado.  
En aquesto hablara el Rey  
D'esta manera ha hablado:  
—Noble Reina! noble Reina!  
Mucho estoy maravillado,  
Siendo persona tan sabia,  
Hablar lo que habeis hablado!  
¿No sabeis que al enemigo  
No se le debe hacer pacto?—  
Mas tantos ruegos le hicieron,  
Que hubo por bien de otorgallo,  
Y fué de aquesta manera  
La carta que le ha enviado:  
Que baga ir á los griegos,  
Y qu'él le dará recaudo,  
Y que le hará heredero  
De dentro de su reinado.  
En oyendo aquesto Aquiles  
El corazon le ha alegrado,  
Y fuése para los griegos  
Y ayuntólos en el campo,  
Y sus razones moviendo,  
D'esta manera ha hablado:  
—Sálveos Dios, sabios varones,  
De ánimos esforzados:  
Ya veis los muy largos tiempos  
Que aqui tenemos gastados.  
Ayer cuando entrara en Troya,  
A toda parte he mirado,  
Y veo sus fortalezas,  
Que muy mucho han reparado.  
Tienen muy lucida gente,  
Y bien puestos á recaudo.  
Si os parece, vamonós,  
Baste lo que hemos vengado,  
Pues que por la reina Elena  
Tantas muertes han pasado.  
Bástenos matar á Héctor,  
Fuerte acázár de troyanos,  
Que otras mujeres mejores  
En Grecia se habrán hallado.  
Pues no podemos llevalla,  
Vamos, dejemos el campo.—  
A todos pareció bien,  
Y no á ese rey Menelao:  
Mandó tocar las trompetas,  
Y pregonar ha mandado  
Que de la gente de Grecia,  
Ninguno fuese osado  
De dar vida á ningun hombre  
Que fuese de los troyanos.  
Y así siguieron la guerra,  
Hasta que la dieron cabo.

(Cancionero de Romances.)

<sup>1</sup> Floreció el autor de este romance en la primera y la segunda mitad del siglo xvi. Vese en él la afición que reinaba entonces de convertir la historia antigua en novelas caballerescas, y cómo transigian los poetas de la época con el gusto público para poner al alcance del pueblo la erudición clásica, acomodándola á sus costumbres. El embalsamamiento del cadáver de Héctor, recuerda el que se refiere en un romance que hicieron del Cid.

475.

LAS OBSEQUIAS DE HÉCTOR; CONFERENCIAS DE PAZ CON  
AQUÍLES, ENAMORADO DE POLICENA.

(Anónimo <sup>1</sup>.)

En las obsequias de Héctor  
Está la reina troyana  
Con la linda Policena  
Y con otras muchas damas.  
Tambien estaban los griegos,  
Si no Aquiles, que faltaba,  
Que fué á la postre de todos,  
Y en el templo se sentaba  
Frontero á la reina Elena,  
Que por Héctor lamentaba.  
Mirando su hermosura  
Con gran cuidado, pensaba  
Si Menelao no fuera  
Rey griego, la conquistara  
Para casarse con ella,  
Segun era muy lozana:  
Y así triste y pensativo  
No podia echar la habla.  
Cuando miró á Policena  
En el pecho le pesara,  
Y con esta gran congoja  
Amortescido quedaba;  
Pero como en sí volvió,  
Alli luego preguntara  
Quién era aquella doncella  
Qu'era tan acabada.  
Luego Eneas le responde,  
D'esta suerte le hablaba:  
—Policena era, señor,  
Policena la nombrada,  
Que creen que en hermosura  
Ninguna se le igualaba.—  
Aquiles cuando esto oyera  
La color se le mudaba;  
Embebecido y turbado  
A Policena miraba:  
Pero salidos del templo  
A sus tiendas se tornaban  
Todos los principes griegos  
Mientras las treguas duraban.  
Aquiles se fué á la suya,  
Y en una cama s'echara:  
Llorando de los sus ojos  
Muchas lágrimas derrama,  
Herido de la saeta,  
Que Cupido le tirara.  
Estuvo pensando en sí  
Si osaría demandalla,  
Al rey Priamo, por mujer,  
Qu'el amor le atormentaba.  
Veniale á la memoria  
De cómo á Héctor matara,  
Y otras cosas que hiciera  
Con que á Priamo enojara:  
Mas al fin se acordó en sí  
De enviar una embajada  
A la Reina su mujer,  
Y luego se levantara.  
Dice que por casamiento  
Muchas cosas se acabaran,  
Y que muchas amistades  
Con aquesto se trataran.  
Luego llamó á un escudero  
De quien él mas se fiaba:  
Pidióle tinta y papel,  
Y una carta allí ordenaba.  
Lo que la carta decia  
D'esta suerte razonaba.  
Si á Policena le diesen,  
Promete de coronalla,  
Y les pedirá perdon  
De las pasadas batallas,  
Y que hará alzar el real,

477.

EL CABALLO DE TROYA.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega <sup>1</sup>.)

Sobre la mas alta almena  
De la troyana muralla  
El Paladion de los griegos  
Tendida tiene la barba.  
De un belicoso escuadron  
La máquina está preñada,  
Que con solicita vista  
El daño comun prepara.  
Abren las herradas puertas  
De la ciudad recatada  
Para ver el griego don  
Que su ruina encerraba;  
Y sobre admitirle ó no  
Confusas voces levantan,  
Unas que al fuego lo entreguen,  
Otras á la mar airada.  
Y á este votar discorde,  
De pastores una escuadra  
Llega, con un griego atado,  
Que así á los troyanos habla.  
—¿Qué tierra habrá que me trague?  
Qué rayo que me deshaga  
Con que á Troya satisfaga,  
Y el cielo de mí se pague?  
No te excuses, hado amigo,  
Pues ya de la patria cara  
Me priva la suerte avara,  
Y me entrega á mi enemigo.—  
Condolido el Rey del mozo  
Y lágrimas que derrama,  
Le manda quitar los lazos,  
Y el vivir le aseguraba.  
Que le diga sus miserias,  
De adónde y quién es, le manda.  
El griego, que vió ocasion,  
Prosigue su historia canta.  
—Sea dañosa ó conveniente,  
Verdad he de confesarte:  
No tengo, Rey, de negarte  
Que soy de la griega gente.  
Pariente de Palamédes  
A quien toda Grecia odiaba,  
Porque la guerra estorbaba  
Contra tí, cual saber puedes.  
Aqueste fué apedreado,  
Que el falso Ulises lo quiso;  
Yo mozo, con poco aviso,  
Hablé contra el griego, airado,  
Diciendo: que si volvía  
A mi patria vencedor,  
De Grecia y su rey traidor,  
Cruel venganza tomaria.  
El griego d'esto indignado,  
Cuando el cerco levantó  
A muerte me condenó,  
De que me escapó mi hado.  
En un cieno me escondí  
Hasta que pasó la armada,  
Y á su patria deseada  
Volver á los griegos ví.  
Quedé solo y maniatado  
En la troyana ribera,  
Donde mejor me estuviera  
No haber la muerte excusado.—  
El Rey con voz amorosa,  
Vasallo, grato le llama,  
Diciendo que de los griegos  
Pierda el miedo y confianza:  
Que solo se fie dél,  
Y de su real palabra,  
Y que le diga á qué fin  
Quedó la máquina extraña.  
—Lícito me es ya hacer  
Manifiesta su maldad, 21

Y que los griegos se vayan.  
Y despues que la escribiera  
Muy de priesa la enviara  
A la gran ciudad de Troya,  
Donde su señora estaba;  
Y llegando el mensajero  
A la Reina se la daba,  
Y luego que la leyó  
Al rey Priamo hablara,  
Y dale por buen consejo  
Que dé crédito á la carta,  
Y que case con Aquiles  
A su hija muy amada,  
Con condicion que los griegos  
De Troya luego se vayan.  
Y con aquesta respuesta  
Al mensajero enviara  
Que lo diga á su señor  
Que ya esperándolo estaba;  
Que mil años se le hacia  
No ver su buena tornada.  
Y en llegando, que llegó,  
Luego le daba la carta.  
Como Aquiles la leyó,  
Gran placer en sí tomaba:  
Pregunta por Policena,  
Si la vió, y qué tal quedaba.

(Cancionero de Romances.)

<sup>1</sup> Acaso es composicion de la tercera ó cuarta década del siglo xvi, y parece calcada sobre el romance número 474.

476.

AQUÍLES Y POLICENA.

(Anónimo <sup>1</sup>.)

A las puertas de palacio  
De la insigne Troya, estaba  
El fuerte y valiente Héctor  
Con mucha gente troyana.  
Mientras que las treguas duran  
Dan en festejar las damas  
Con disfraces diferentes,  
Jugando sortija y cañas,  
Y en pirámides de mármol  
A porfia rompen lanzas,  
Orden y apercebimiento  
De la reñida batalla,  
Cuando Aquiles disfrazado  
Entró por medio la plaza,  
En un overo caballo,  
Que muy lozano pisaba,  
Por ver la ciudad y fiestas,  
Y los ornatos y galas,  
Y tambien por ver al Héctor  
Que mucho lo deseaba.  
Y como entre los troyanos  
Héctor tanto se señalaba,  
Mirándole el griego, dice:  
—¡Con justa razon te alaban!—  
Y vuelto hácia los teatros,  
Donde las damas estaban,  
Vió entre ellas á Policena,  
Que mas que el sol relumbraba,  
Y del dios de amor herido,  
Viendo su hermosura y gracia,  
Por disimular su pena,  
Aunque le llegaba al alma,  
Se volvió á su real  
Con intencion namorada  
De que Policena entienda  
El mal que por ella pasa.

(Romancero general.)

<sup>1</sup> A diferencia de los de la primera mitad del siglo xvi, este romance de sus últimos años afecta las ideas y pensamientos de los moriscos, en vez de las de los caballerosos, que aquellos imitan.

Yo te diré la verdad,  
Pues tu vasallo he de ser.  
Este es un voto forzoso  
Por los griegos hecho á Pálas,  
Por sacos, robos y talas  
De su templo suntuoso.  
Mandaróme fabricar  
Mas alto que vuestro muro,  
Por ir el griego seguro  
De que en Troya no ha de entrar.  
Este fué, señor, su intento,  
Este su designio fué,  
Y esto es todo lo que sé  
De su trato fraudulento.  
¡No te indignes, cielo santo!  
¡Fuerte Pálas, no te indignes  
De que descubra los fines  
De quien me hizo daño tanto!  
No lo hago por tu ofensa,  
Y si parece traicion  
De un vasallo, y sin razon  
Ofendido, un rey, ¿qué piensa?  
Ya salgo de obligaciones;  
Ya de mi patria no curo,  
De hoy mas soy troyano puro:  
Cesen sangre y aficiones.  
Viva mi nuevo señor,  
Mi restauró y mi Rey viva,  
En quien mi esperanza estriba,  
Y mi mal quitado honor.  
Al fin todo lo diré,  
Que viva ó muera por ello,  
Que quien libertó mi cuello  
Del lazo, amigo me fué.  
Mete en Troya á Paladion,  
Rey, mira que te lo digo,  
Seráte grato y amigo  
El cielo; fía en Sinon.—  
Creyólo el Rey, y á gran prisa  
Manda romper la muralla,  
Meten el caballo en Troya,  
Y con él su suerte infausta.

(Romancero general.— It. LOBO LASO DE LA  
VEGA, Romancero y Tragedias, etc.)

<sup>1</sup> En este romance se pone en redondillas todo lo que Sinon dice.

## 478.

MUERTE DE POLICENA.— I.

(Anónimo <sup>1</sup>.)

—; Oh cruel hijo de Aquiles,  
Nunca mal te merecí,  
Que si tu padre fué muerto  
Ni lo supe ni lo vi!  
No me des así la muerte,  
Ni tomes venganza en mí,  
Qu'el favor de las mujeres  
En los hombres yo le vi.  
No fenezcan los mis dias,  
Ni me pierda yo por tí:  
Baste, baste contentarte  
Con me ver ya destruir,  
Y la muerte de mi padre,  
Y su muy triste vivir;  
La muerte de mis hermanos  
Con Héctor el varonil;  
La amazona que mataste  
Tan esforzada y viril;  
La ciudad toda abrasada  
Para mas la consumir,  
Sea contenta su venganza  
Con que poco he de vivir,  
Pues que por tierras extrañas  
Por esclava he de servir.  
—; Policena, Policena,  
No s'excusa tu morir,

Pues por tus tristes amores  
El mi padre murió aquí!  
Muy bien es que tú padezcas  
Lo qu'el padeció por tí,  
Que la muerte se ha de dar  
A quien hace á otro morir.

(Cancionero de Romances.— It. Romance sobre  
la muerte de Pirro. Pliego suelto.)

<sup>1</sup> Esta composicion parece que es de las conservadas en la  
tradicion oral antigua ó primitiva.

## 479.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo <sup>1</sup>.)

A la qu'el sol se ponía  
En una playa desierta,  
Yo que salía de Troya  
Por una sangrienta puerta,  
Delante los piés de Pirro  
Vió á Policena muerta.  
Los pechos tiene desnudos  
Y la cara descubierta,  
Los ojos claros, tan vivos  
Como si fuera despierta.  
La llaga de la garganta  
En solo señal de muerte.  
Lloran los caudillos griegos,  
Y ninguno se concierta;  
Que la mengua de tal yerro  
Y pasion tan cruda y cierta,  
Quieren de su voluntad  
Que en ellos se convierta.

(Cancionero, Flor de enamorados.)

<sup>1</sup> Parece ser un romance viejo, pero alterado y refundido.

## 480.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo <sup>1</sup>.)

Turbados los ojos bellos,  
Pálido el color rosado,  
Bien apretados los dientes,  
Un poco abiertos los labios,  
Despidiendo por sus venas  
La columna de alabastro  
Aquel rosicler hermoso  
De su cuerpo delicado,  
De cuyas carnes se aparta  
El alma ya palpitando,  
Y vuelto en ceniza fria  
El cuello bello y gallardo,  
Hécuba, la reina, mira  
Degollada en su regazo  
A su amada Policena,  
Diciendo con triste llanto:  
—Vi de Troya con mis ojos  
Derribar los muros altos  
Por el engaño de Ulises,  
O quizá por mis pecados;  
Por donde entraron los griegos  
En el fingido caballo,  
Y despues á media noche  
Dar el riguroso asalto;  
Vieron mis ojos la muerte  
De Héctor y de sus hermanos,  
De París y Polidoro  
Y del viejo rey Priamo.  
No me espantó ver ardiendo  
Los edificios dorados,  
Los mármoles y columnas  
De pórfido y alabastro,  
Las torres y chapiteles  
Del insigne y real palacio,

Cuya antigualla guardó  
El tiempo por simulacro;  
Los filabres de oro fino,  
Famosos anfiteatros,  
Los homenajes reales  
Por el suelo derribados.  
Con prudencia resisti  
Aquel doloroso trago;  
Consoláronme tus ojos  
Con solamente mirallos;  
Sola tu muerte ha podido  
Dar principio á mis cuidados,  
Abriendo puerta á la muerte,  
Y á los ojos para el llanto.

(Romancero general.)

<sup>1</sup> Es una paráfrasis y amplificación del romance núm. 479 que  
le precede; pero aunque bueno, muy inferior á él.

## 481.

HÉCUBA.

(Anónimo.)

Sentada á orillas del mar  
Que enriquece el suelo Tracio,  
Hécuba memorias tristes  
De su Troya está llorando;  
Y queriendo el sentimiento  
Igualar al triste caso,  
Dice vuelta al llion,  
Aun no del todo abrasado:  
«¡Oh griega mano,  
«Verdugo fiero del poder troyano!»  
«Oh mi Priamo, consorte  
De mis bienes y mis daños,  
Dulce esposo y compañero  
En vida de tantos años!  
«Oh Héctor! ¿cómo no es vida  
La mia, considerando  
Que con tu muerte y mi pena  
Va su fama eternizando?»  
«¡Oh griega mano! etc.»  
«Oh hermosa Policena,  
De mis fatigas descanso,  
Descanso, si pudo habello  
En corazon tan cansado!  
«Funesto fué el desposorio  
Con sangre solemnizado,  
En que muerta al muerto Aquiles  
Te ofrecen por aplacallo!  
«¡Oh griega mano! etc.»  
«¡Oh mi dulce Polidoro,  
En tu tierna edad troncado  
De un golpe, que dando en tí  
Dió con mi esperanza á un lado,  
Y siendo arrojado al mar,  
El te aportó á mi regazo,  
Lugar que te negó vivo  
Y muerto te lo ha entregado!  
«¡Oh griega mano! etc.»  
Claramente, mar, descubres  
Que me das á mi hijo en pago  
De que acreciento tus aguas  
Con la que te da mi llanto.  
Aunque tu franqueza mengua  
Del avariento rey Tracio,  
Y abate tu compasion  
Tiranía que te ha dado,  
«¡Oh griega mano,  
«Verdugo fiero del poder troyano!»

(Romancero general.)

## 482.

MUERTE DE LA REINA HÉCUBA.

(Anónimo <sup>1</sup>.)

Triste estaba y muy pensosa  
Aquella reina troyana

Viendo sus hijos perdidos  
Y su ciudad asolada,  
Y la linda Policena  
En el templo degollada,  
Sobre el sepulcro de Aquiles  
Por Pirro sacrificada.  
Con aquesta gran congoja,  
Amortescida quedaba;  
Mas despues qu'en si tornó  
D'esta manera hablaba:  
—¿Dónde estáis vos, el buen Rey,  
Con quien yo me consolaba?  
¿Qu'es de mis grandes tesoros?  
¿Ay mi ciudad abrasada!  
¿Dónde estáis vos, fuerte Héctor?  
¿Socorred á esta cuitada,  
A esta triste madre vuestra  
Que se ve desamparada!  
Cierto, si fuéades vivo  
No fuera yo maltratada:  
En vengarse vuestra muerte  
Yo voy algo consolada.  
Vos moristeis á traicion,  
Mas vivirá vuestra fama.  
¡Oh! ¿dónde estás tú, Troylo?  
Hijo mio, ¿dónde estabas?  
A todos os veo muertos,  
¡Triste! no sé dónde vaya;  
Que si Deyfelo viviera  
Troya no fuera asolada,  
Que las mañas de Antenor,  
Y de Enéas se acabaran,  
Qu'estos dos con gran traicion  
A los griegos la entregaran.  
¡Oh París! que os veo muerto  
Por no creer á Casandra,  
Que si, triste, la creyeras  
No fuera tan lastimada,  
Que por esa reina Elena  
Tanta gente es sepultada.  
Pero ya con tantos males  
Nadie ya no me quedaba  
Para tomar mi consuelo  
Sino la mi linda amada,  
Esa linda Policena,  
Flor d'hermosura acabada.  
Sacrificárala Pirros,  
Por su mano la matara,  
¡Y delante los mis ojos  
La veo yo degollada!  
¡Plegue á los dioses, tú, Pirro,  
Que muerte mueras muy mala,  
Y nadie no te socorra  
Para que me vea vengada! —  
Con estas grandes pasiones  
La Reina muerta quedara:  
Con la linda Policena  
Fuera luego sepultada.

(Cancionero de Romances.)

<sup>1</sup> Romance ciertamente artístico, pero que tiene todas las  
formas á propósito para haber sido muy popular. Parece obra  
de fines del siglo xv.

## 483.

ENEAS FUGITIVO.

(Anónimo.)

Rendidas ya las banderas,  
Y sin hierros muchas lanzas,  
Tinto el campo en sangre roja  
Y sin dueños muchas armas,  
La triste y rendida Troya  
Con pocas fuerzas se hallaba,  
Porque faltando la de Héctor  
Fuerzas y esfuerzos le faltan,

« ¡ Ay bella Elena, cuya bella cara  
 Fué cara para Troya  
 » Y de Héctor muerte amarga ! »  
 Ya los valientes troyanos  
 Hacen las espaldas cara,  
 Porque de sus enemigos  
 Reconocen la ventaja.  
 Los que con la vida pueden,  
 Por salvar la vida escapan,  
 Y aquellos que se detienen  
 No tienen d'ella esperanza.  
 « ¡ Ay bella Elena ! etc. »  
 Entre los muchos que huyen,  
 Huyó aquel que de su fama  
 Publicó la reina Dido  
 Que fué robador de famas,  
 Que su viejo padre lleva  
 Por ser de edad muy anciana,  
 En los hombros de sus hechos,  
 Y al fin de padre se carga.  
 « ¡ Ay bella Elena ! etc. »  
 — Caudillo de nuestras vidas,  
 Dicen las bellas troyanas  
 Al bello cuerpo difunto,  
 Como si vivo le hablaran,  
 ¿ Adónde irémos sin tí,  
 Pues que con faltarnos faltas  
 No solo para las honras  
 Mas también para las almas ? —  
 « ¡ Ay bella Elena, cuya bella cara  
 Fué cara para Troya  
 » Y de Héctor muerte amarga ! »

(Romancero general.)

## 484.

ENEAS Y DIDO.

(Anónimo.)

Por la mar navega Enéas  
 Despues de Troya perdida;  
 Va buscando nuevas tierras  
 Adonde habitar podría.  
 Quiso Dios y su ventura  
 Que al mar africano iba,  
 Dond'está la gran ciudad  
 Que Cartago se decia,  
 Que fundó la reina Dido,  
 Hija del rey de Fenicia,  
 La cual ella gobernaba,  
 Y en gran justicia regia  
 La gente toda sin armas,  
 Por la gran paz que tenia.  
 Parecióle bien á Enéas  
 La costumbre en que vivia;  
 Subióse al templo de Juno,  
 Qu'entonces allí se hacia,  
 Mirando por todas partes  
 Por ver lo qu'en él veria.  
 Vido estar pintada Troya  
 Postrera vez destruida;  
 Vió pintado al rey Priamo  
 Y á Héctor cuando moria;  
 Vido á Aquiles en el templo  
 Y á París cuando l'heria;  
 Vió la gran Pantalisea,  
 Y á Pirro que la seguia;  
 Vido el hijo de la Aurora  
 Que rey Menon se decia;  
 Desde que se viera á sí mismo  
 D'esta manera decia:  
 — ¡ Troya, mi desventurada !  
 ¡ Troya, la desdicha mia,  
 Tu memoria y mi destierro  
 Me atormentan noche y dia !  
 ¡ Oh, quién nunca mas te viera  
 Despues que te vi perdida !

¿ Qu'es de tí, reina troyana ?  
 ¿ Has perdido ya la vida ?  
 Según el fin de tus males  
 ¡ Gran descanso te sería ! —

(Cancionero, Flor de enamorados.)

## 485.

SIGUE EL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Contando está sobre-mesa  
 El piadoso troyano  
 A la viuda de Siqueo,  
 Fundadora de Cartago,  
 Cómo la famosa Troya  
 Era de cenizas campo  
 Por aquel caballo muerto,  
 De vivos griegos preñado.  
 « Y al triste caso, y cuento nunca oido  
 » Atenta por su mal estaba Dido. »  
 Contaba cómo sus reyes  
 A fuego y sangre entrambos  
 Murieron en un altar  
 Con un laurel por retablo,  
 Y que los hados crueles  
 Repiten á cada paso  
 Los agüeros de Casandra  
 Cumplidos y no esperados.  
 « Y al triste caso, etc. »  
 Contó que humo y centellas  
 De sus ojos les robaron  
 A su querida Creusa,  
 La madre de Julio Ascanio,  
 Y que en el seno escondidos  
 Sacó los Penates santos,  
 Y sobre sus fuertes hombros  
 A su padre de cien años.  
 « Y al triste caso, etc. »  
 Contó de su madre Vénus  
 Aquel divino milagro,  
 Por do vino á conocer  
 Que era de Cupido hermano:  
 Contó de sus rotas naves  
 Mil amigos anegados,  
 Al discreto Palinuro  
 Y al fiel Acates loando,  
 « Y al triste caso, etc. »  
 Sintió la infelice Reina  
 Que el ciego Amor entre tanto  
 Secretas flechas le tira  
 Al pecho seguro y casto.  
 Un dios le parece Enéas,  
 Y con efectos contrarios  
 Labraba humildes deseos,  
 Y no fuertes muros altos.  
 « Y al triste caso y cuento nunca oido  
 » Atenta por su mal estaba Dido. »

(Romancero general.)

## 486.

SIGUE EL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Cuando el piadoso Enéas  
 De la tormenta arrojado  
 Surgió con sus rotas naves  
 A los puertos de Cartago,  
 Transformado el ciego dios  
 En forma de Julio Ascanio,  
 Hirió de la bella Dido  
 El pecho amoroso y casto.  
 No le cabe el corazon  
 En los supremos palacios;

Grandes son los edificios;  
 Pero mayor su cuidado.  
 Los africanos entienden  
 En cazar corzos y gamos,  
 Mientras que la triste Dido  
 Cazaba remedios bravos.  
 Sube á buscar á los montes  
 Remedio para su daño,  
 Sin mirar que va con ella  
 Quien siempre las va atizando.  
 El cielo le fué propicio,  
 Aunque despues muy contrario;  
 Turbó el cristalino cielo  
 Un muy oscuro nublado,  
 El cual con furia violenta  
 De tal suerte ha descargado,  
 Que solo quedó con Dido  
 Ese capitan troyano.  
 Metieron en una cueva,  
 Morada de dioses Faunos,  
 Los cuales fueron testigos  
 De los contentos de entrambos.

(Romancero general.)

## 487.

SIGUE EL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Por los bosques de Cartago  
 Salían á montería  
 La reina Dido y Enéas  
 Con muy gran caballería.  
 Un sobrino de la Reina,  
 Y Julio Ascanio los guian  
 Por la dehesa de Juno,  
 Donde mas caza salia.  
 Preguntando iba la Reina  
 A Ascanio, qué tal venia,  
 Y si se acuerda de Troya,  
 Si vió cómo se perdia.  
 Enéas tomó la mano,  
 Por el hijo respondia.  
 — Pues mandais vos, reina Dido,  
 Renovar la llaga mia,  
 Ya os conté cómo vi á Troya,  
 Que por mil partes ardia:  
 Vi las doncellas forzadas,  
 Muerta la caballería,  
 Y á Hécuba, reina troyana,  
 Nadie no la socorria.  
 Sus hijos ya sepultados,  
 Priamo no parecia,  
 A Casandra y Policena  
 Muertas cabe sí tenia.  
 Elena quedaba viuda,  
 Mil veces la maldecia.  
 Enéas, qu'esto contaba,  
 Vió un ciervo que parecia:  
 Echó la mano á su aljaba,  
 Una saeta le tira.  
 El golpe le dió en vano,  
 El ciervo muy bien corria.  
 Pártense los cazadores,  
 Síguelo el que mas podia;  
 La reina Dido y Enéas  
 Quedaron sin compañía;  
 Tomárala por la mano,  
 Con turbacion le decia:  
 — ¡ Oh Reina, cuán mejor fuera  
 En Troya perder la vida !  
 De Frigia los tristes campos  
 Fueran sepultura mia,  
 A Héctor, Troyo y París  
 Tuvieralos compañía.  
 ¡ Oh reina Pantalisea,  
 Flor de la caballería !  
 ¡ Mas envidia he de tu muerte,

Que deseo la vida mia ! —  
 Estas palabras diciendo,  
 Muchas lágrimas vertia:  
 La Reina le dijo á Enéas:  
 — Esforzáos por cortesía,  
 Que los muertos sobre Troya,  
 Rescatar no se podian.  
 — No lloraba yo los muertos,  
 Lloro la desdicha mia,  
 Que m'escapé de los griegos,  
 Y á las tus manos moria;  
 Que tu muy grande hermosura  
 De amor me quita la vida.  
 — Falso es tu atrevimiento,  
 La Reina le respondia:  
 Enéas, véte á tus naves,  
 Salte d'esta tierra mia,  
 Que la fe que dí á Siqueo  
 Yo no la quebrantaria. —  
 Ellos en aquesto estando,  
 El cielo se revolvia:  
 Las nubes cubren el sol,  
 Gran escuridad hacia:  
 Los relámpos y truenos  
 En gran miedo los metia:  
 El granizo era tan grande  
 Que sin piedad llovía.  
 La Reina con gran pavor  
 Del palafren se caía.  
 Enéas bajó con ella,  
 Con el manto la cobria.  
 Mirando hácia todas partes,  
 Una cueva vió vacía;  
 Tomóla entre los sus brazos,  
 En la cueva la metia.  
 El aposento era estrecho,  
 Revolver no se podia.  
 Mientras la Reina en sí torna,  
 Enéas se revolvia,  
 Apartóle paños de oro,  
 Los de lienzo le encogia:  
 Cuando ella en sí tornó  
 De amores se sintió herida.  
 — ¡ Oh traidor, hasme burlado !  
 ¿ Cómo tratas la honra mia ?  
 Cumplida tu voluntad  
 Olvidarme has otro dia.  
 Si así lo has de hacer, Enéas,  
 Yo misma me mataria.

(Cancionero de Romances.)

## 488.

SIGUE EL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Rompe el aire con suspiros  
 Llamándose desdichada,  
 La que se quedó en Cartago  
 Sola, triste y sin hermana.  
 Abriendo la roja arena,  
 Tentaba la sangre helada  
 De su hermana, que fué reina,  
 Por quien al cielo demanda  
 « Venganza. »  
 Con sus lágrimas sangrienta  
 El hermoso rostro esmalta,  
 Matizándole de fuera  
 Que parece nieve y grana.  
 Mueve los hermosos labios,

1 Notable y nuevo es el giro que da el poeta en este romance al episodio de Dido y Enéas que Virgilio creó para su Eneida. Todo él está contenido en los estrechos límites del romance; pero presentado bajo un nuevo aspecto, pues Enéas refiere en una caza los males de Troya, solicita á Dido siendo agresor en sus amores, y la sorprende y la goza sin consentimiento de ella. La composición es popular aunque artística, y parece de la tercera ó cuarta década del siglo xvi, segun su estilo y lenguaje.

Sale de dentro del alma  
La voz que penetra el cielo,  
Pidiendo con justa causa,  
«Venganza.»  
Dice: — Pues que me faltó  
Mi hermana y dulce compañía,  
De hoy mas me será la vida  
Enfadosa, triste y larga.  
Y tú, cielo, pues que ves  
Mi soledad y desgracia,  
Hazme del orbe otra Elena  
Antes que muera vengada,  
«Venganza.»—

(Romancero general.)

489.

SIGUE EL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

La desesperada Dido  
De pechos sobre una almena  
Dice, viendo por el mar  
Huir la flota de Enéas:  
«Oh dura Troya, fementida Elena,  
»Primeras ocasiones de mi pena!»  
Si París fuera buen huésped,  
Y fiel esposa la griega,  
Troya gozara su imperio,  
Y sus capitanes Grecia.  
«Oh dura Troya, etc.!»  
Ni las reliquias troyanas  
Tocarán en mi ribera,  
Ni el cruel hijo de Anquises  
Se burlará de mi pena.  
«Oh dura Troya, etc.!»  
Paréceme que su nave  
Es la que va mas lijera,  
Y yo triste, con suspiros  
Mas viento doy á sus velas.  
«Oh dura Troya, etc.!»  
¿De quién huyes, fementido?  
¿A quién buscas, ó á quién dejas?  
¿Tras lo incierto te aventuras,  
Y lo que es cierto desprecias?  
«Oh dura Troya, etc.!»  
Mientras se quejaba Dido,  
La flota tanto se aleja,  
Que apenas entre las olas  
Pudo discernir las velas.  
«Oh dura Troya, etc.!»  
Miraba una rica espada,  
Que del fugitivo fuera,  
Y tomándola en sus manos  
Vuelve á repetir la pena.  
«Oh dura Troya, etc.!»  
«Oh dulces, mientras Dios quiso,  
Cuanto agora amargas prendas,  
Vos gozaréis de mi vida.  
Pues del alma triunfa Enéas!  
«Oh dura Troya, fementida Elena,  
Primeras ocasiones de mi pena!»

(Romancero general.)

490.

TURNO VENCIDO POR ENÉAS.

(Anónimo.)

Luego que al furioso Turno  
Le dejó el funesto agüero,  
En vez del usado brio  
Vestido de espanto y miedo,  
La lanza de su enemigo  
A las espaldas sintiendo,  
Corre huyendo de Enéas,  
Que es quien le sigue corriendo.

Forjaba en la fantasía  
Mil acobardados miedos,  
Cosa propia del que huye  
Cuando hay poca tierra en medio.  
Enéas á esta sazón,  
Dándole fuerza á su esfuerzo,  
La lanza le arroja airado  
Por aire y armas hendiendo.  
Rompió del famoso escudo  
Los siete acerados cercos,  
Y la falda de la cota  
Metió por el muslo adentro.  
Rindióse á la humana fuerza  
El que no se rindió al cielo,  
Y humilde por tierra puso  
Esperanza y pensamiento.  
Tendido sobre su sangre,  
En ella y en polvo envuelto,  
En su enemigo los ojos,  
Humilde le está diciendo:  
— Duélete de la vejez  
De un viejo padre que tengo,  
No de mí, que fui contrario  
A tu fuerza y á tu intento.  
El rey que los niños hacen  
Dura lo que dura el juego,  
Y siendo el juego acabado,  
Todos le repelan luego.  
Rey he sido de muchachos,  
Y muchacho rey electo,  
Y bien han sido mis cosas  
Como de mozo indiscreto.  
¿Perdona, troyano duque,  
Y enviame vivo ó muerto,  
Aunque muerto es ménos gloria,  
Pues ya te han visto venciendo!—  
Estuvo sobre sí Enéas,  
Los fieros ojos torciendo,  
Y el brazo en el aire alzado,  
Ya ménos bravo, suspenso.  
De la queja lastimosa  
Se iba un poco enterneciendo,  
Y la oreja la inclinaba  
Al blando y humilde ruego,  
Cuando en los contrarios hombros  
Miró el oro reluciendo  
De la banda tinta en sangre  
Del amigo recién muerto.  
Resucitó en él la furia  
La memoria de aquel hecho,  
Y la ya sangrienta espada  
Le esconde dentro del pecho.

(Romancero general.)

491.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Tendido está el fuerte Turno  
A los piés del pio Enéas;  
Piedad pide con los ojos,  
Que es infamia con la lengua.  
— ¡Oh valiente capitán,  
Hoy la fortuna te premia;  
Que el no sufrir desventura,  
Ésa es desventura cierta!  
A tus piés tienes mi cuello,  
Tan grande humildad te vena;  
Que si me matas vencido,  
Tu misma victoria afrentas.  
«Tu nombre infamas, tu crueldad pregonas,  
»Pues te llaman piadoso, y no perdonas.»  
Si al que huye no le siguen  
Por ser ley de buena guerra,  
El que huye de rendido,  
Ménos razon es que muera.  
Si la justicia perdona

Al reo que se presenta,  
El pedirte yo piedad  
Es meterme en tu cadena.  
Mas se vengan del cautivo  
Con vida que no sin ella;  
Si vivo, tomas venganza,  
Si me matas, no te vengas.  
«Tu nombre infamas, etc.»—  
Iba la breve oracion  
Llena de elegancia hecha,  
Moviendo al gran vencedor  
A compasion y clemencia;

Cuando vido entre la gola  
Una banda de oro y negra,  
Que era de su amigo Pálas  
A quien Turno muerto deja.  
— Pálas te mata, le dice,  
Mi amigo, Pálas se vengas.—  
Y así Turno ya espirando  
Reptió la voz postrera.  
«Tu nombre infamas, tu crueldad pregonas,  
»Pues te llaman piadoso, y no perdonas.»  
(Romancero general.)

SECCION DE ROMANCES CONCERNIENTES A LA HISTORIA DEL ASIA  
Y DE LAS DOS GRECIAS.

492.

HISTORIA DE CIRO, REY DE PERSIA.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

En la provincia de Media  
Otro tiempo un rey habia  
Valeroso y esforzado  
Que Astiáges se decia.  
Una hija tuvo sola,  
Que hijo varon no habia:  
Mandane tuvo por nombre,  
Que como á sí la queria.  
Un sueño soñó este rey,  
En su lecho do dormia:  
Que en la parte natural  
De su hija, nacer via  
Una vid con un sarmiento,  
Que la Asia toda cubria.  
Consultó los adivinos  
Que en todo su reino habia;  
Dijéronle que de su hija  
Un nieto le naceria,  
Que andando el tiempo adelante  
Del reino le privaria.  
El Rey, con esta respuesta,  
Grande turbacion sentia;  
No comia á su sabor,  
Las noches no las dormia;  
Mientras mas pensaba en ello  
La congoja mas crecia.  
Tomó en fin este expediente,  
Muy bueno á su fantasía,  
De no casar á Mandane  
Con varon de gran valía.  
A la provincia de Persia  
La hija á casar envía  
Con Cambises, que en su patria  
Mediano estado tenia,  
Porque si hijo pariese  
Muy poco presumiria,  
Faltándole la nobleza,  
Que del padre decendia.  
Mas en vano se trabaja  
La humana sabiduría  
Cuando quiere repugnar  
A lo que Dios quiere y guía.  
Mas el Rey con todo aquello  
Sosegarse no podia.  
Supo que estaba preñada,  
Y luego por ella envía,  
Y dentro de su palacio  
A recaudo la tenia,  
Con pensamiento dañado,  
Que en el su pecho encubria  
De matar luego el infante,

O infanta que naceria.  
Ya los dolores del parto  
La triste hija sentia;  
Un infante muy hermoso  
Apénas parido habia,  
Cuando el Rey mandó tomarlo,  
Y luego á matarlo envía.  
Dió cargo de ello á Harpagó,  
De quien sin duda creia  
Que todo lo que él mandase  
En efecto lo pornia.  
Harpagó tomó el infante  
Como el Rey cruel queria,  
Mas pensó como discreto  
Lo que suceder podria.  
Que era que en muriendo el Rey,  
El reino su hija habria,  
Y que si el niño matara  
Demandado le seria,  
Y en él haria el castigo  
Que en su padre no podria.  
Acordó de lo entregar  
A un pastor que el Rey tenia,  
Para que lo fuese á echar  
En las selvas que él sabia.  
El pastor tomó el infante  
Y á las selvas con él iba;  
Púsole en tierra, y dejólo,  
Y á su aldea se volvia.  
Acaeci que á su mujer  
Halló parida aquel día  
De un hijo muerto, y consigo  
Por enterrar lo tenia.  
Supo del nieto del Rey,  
Y dónde quedado habia;  
Rogóle que lo trajese,  
Porque ella verlo queria.  
Cuando el pastor llegó cerca  
Del niño, donde yacia  
Vido estar junto una perra  
De pocos dias parida,  
Que le daba de mamar  
Y tambien lo defendia  
De cualquier animal bruto  
Que por comer le venia;  
Y moviéndose á piedad,  
Pues la perra se movía,  
Tomó el infante consigo  
Y á su mujer lo traía:  
La perra con la querencia  
Tras del niño se venía.  
Ella lo tomó en sus brazos,  
Y el niño se le reía,  
Con que perdió de su hijo  
Todo el dolor que tenia,  
Y por quedarse con él